

burra, se visten delante de espejos tan anchos como estanques de peces, y brillan desde la cabeza hasta los piés, con peines, collares, brazaletes, pendientes, sortijas, ceñidores y chinelas, cargadas de esmeraldas y diamantes. Nuestros esclavos, que pueden contarse por millares, nos llegan de las cuatro partes del mundo. Todos los objetos raros y preciosos van á parar á Roma: la goma de Arabia, el nardo de Asiria, el papiro de Egipto, la madera de limonero de Mauritania, el bronce de Egina, las perlas de Bretaña, el paño de oro de Frigia, los tejidos finos de Cos, los bordados de Babilonia, las sedas de Persia, las pieles de leon de Getulia, la lana de Mileto, las capas de las Galias. De este modo vivimos como un pueblo verdaderamente imperial, sin hacer mas que divertirnos y pasar en fiestas todo el año: al cabo nos morimos. . . . y entonces se nos quema, sí, se nos quema. . . . en piras de cinamomo y casia, y en mortajas de *arbustos*, enfática conclusion de una brillante vida. ¡Tales somos los romanos, gran pueblo! Se nos honra donde quiera que vamos; en todas partes soy árbitro de mí mismo. Cuando lle-

gamos aquí de Italia, seguro que fuimos adorados casi como semi-dioses.

—Y tal vez algun hermoso dia, dijo Ariston, Roma misma arderá en el cinamomo y la casia, y la venerable madre con todo su bronce de Corinto y su magnífica escarlata, seguirá á sus hijos á la fúnebre pira. No es desconocida la historia de Babilonia y de sus fosos que desecaron los soldados Persas.

Interumpió la conversacion la entrada de uno de los esclavos de Jucundo que traia nuevo vino, copas mayores y un vaso de nieve del Atlas.

CAPITULO VI.

Cornelio estaba demasiado lleno de su asunto y no prestó la menor atencion á las palabras del griego.—La casa de fieras, continuó, ¡oh Ariston! ¡esa casa era un espectaculo digno de los dioses! Veintidos elefantes, diez panteras, diez hienas, fiera de nueva especie, pero que aquí probablemente no os es desconocida, diez leopardos, un hipopótamo, un rinoceronte. . . . No puedo concluir la

lista. Figuraos el circo plantado todo al efecto y convertido en bosque, con otra clase de animales salvajes, á saber: Getas y Sármatas, Celtas y Godos dentro de aquel recinto, para cazar á los primeros, capturarlos y matarlos, ó bien perecer entre sus garras.

—¡Ah! ¡los Godos! respondió Ariston: los Godos, segun parece, os dan que hacer de vez en cuando. Quizá os molesten mas en adelante. Ha llegado hoy al pretorio un aviso de que acaban de pasar el Danubio.

—Si, nos darán que hacer, dijo Cornelio secamente, ya nos han molestado, y nos molestarán aun mas. Tambien los Samnitas nos dieron que hacer, y nuestros amigos de Cartago y Ygurta, y Mitridates. Molestarnos pueden; nada mas. ¿Es nuevo eso para Roma? preguntó estendiendo el brazo, como si estuviese pronunciando un discurso de sobremesa, ó tratase de proponer un brindis.

—Los Godos os molestan y admiten vuestros regalos, replicó Ariston, á esto sin duda llamais dar que hacer. Es un incómodo vecino que no se va de vuestra puerta hasta que le hayais pagado, y no es fácil por cierto hallar los me-

dios de comprar su retirada. Además, el ejemplo de esos importunos salvajes es contagioso, y ha corrido últimamente la noticia de que los Cárpatas exigen iguales condiciones para mantenerse tranquilos.

—No convendría á la magestad de Roma manchar sus manos en la sangre de esa canalla, dijo Cornelio, no se cuida de si existen.

—Y por eso nos sangran muy magestuosamente en su lugar, contestó Ariston, así tiene tesoros que darles. Nosotros no somos tan temibles como ellos: ¡lo que podemos hacer es quejarnos! Cornelio, no digo esto para ofenderos, ni al emperador, ni á la gran Roma. Estamos en medio de la comida. Este es meramente un juego de política, como el ajedrez ó el *collabus*. Maron os ordena:

“*Parcere subj etis, et debellare superbis* (1).”

Pero, habeis cambiado de costumbres; pues halagais á los Godos y maltratáis á los pobres africanos.

(1) Perdonar á los sumisos y hacer la guerra á los soberbios.

—Tambien el Africa pudiera lanzarse al combate, interrumpió Jucundo, que hasta allí habia estado oyendo tranquilamente y paladeando su vino; testigo Thisdrus. Esa fué una buena leccion dada á los cuestores rapaces, para que entiendan que, yendo demasiado lejos en sus rapiñas, es facil encuentren un puñal en lugar de una bolsa.

Aludia al levantamiento de Africa, que decidió la caída del tirano Maximino y la elevacion de los Gordianos, cuando los señores de la comarca, cansados de las exacciones con que se les abrumaba, habian armado al paisanaje, matado al gobernador imperial y enarbolado el estandarte de la rebelion en la ciudad vecina.

—Sin ofenderos, os lo repito, Cornelio, ni á vos, ni á la eterna Roma, dijo Ariston, es lo cierto que nos habeis explicado por qué pesais tan duramente sobre nosotros. He oido decir siempre que en Roma, el que sabia encontrar un nuevo impuesto, se creaba una fortuna. Vespasiano hizo todo lo que pudo; pero hoy vosotros gravais nuestro humo y hasta nuestra sombra, y Pescenio nos amenazó con gravar el aire que

respiramos. Si jugásemos á los enigmas, no os seria dificil acertar el siguiente: —¿Quién es la que devora sus propios miembros, y se eterniza de ese modo? ¡Ah! ¡los Godos darán buena cuenta de su eternidad!

—¡Los Godos! dijo Jucundo, que empezaba á tomar una parte activa en la conversacion; ¡los Godos! No temais á los Godos, sino (y sacudió la cabeza significativamente) dirigid la vista á nuestro país: mas debemos temer de lo interior que de lo exterior.

—Alude á los pretorianos, dijo Cornelio á Ariston con aire de condescendencia. Concedo que ha habido muchos lances desgraciados, hemos tenido nuestro problema que resolver, pero es asunto terminado, y que no se renovará. Me atrevo á aseguraros que el poder de los pretorianos está á sus fines. Ese asesinato de los dos emperadores, hace pocos dias, es el peor golpe que pudieran haber dado, pues los ha perdido en la opinion de todo el mundo, no temo á los pretorianos.

—Yo no aludo mas directamente á los pretorianos que á los Godos, dijo Jucundo, no; dadme las antiguas ar-

mas, las antiguas máximas de Roma, y desafío la hoz de Saturno. ¿Marchan los soldados bajo las antiguas banderas? ¿Juran por sus antiguos dioses? ¿Cambian entre sí las buenas señales y con trasañas antiguas? ¿Adoran la fortuna de Roma? Entonces, os juro que nada hay que temer. Pero, ¿seguimos nuevas sendas? ¿Nos burlamos de la religion? Despreciamos á Júpiter, Marte, Rómulo, los Augures y los anciles? En ese caso, ni espectáculos, ni juegos, ni elefantes, ni hienas, ni hipopótamos nos salvarán del peligro. Los soldados no obraron, no, de lo mejor, invistiendo á ese Filipo de la púrpura; pero al fin ya está muerto, decididamente muerto. Y se incorporó y apoyó en el codo.

—¡Ah! todo volverá á entrar ahora en órden, dijo Cornelio; lo vereis.

—Filipo queria ser reformador, continuó Jucundo, y destruir una enormidad. Llaman enormidad á nuestro culto; bien, que lo sea. De todos modos querian destruirlo; ¿y por qué? Ved el punto capital; ¿por qué? La causa no es un secreto para nadie. Al llegar aquí, se espresó con tono colérico. Porque Fabio, ese ateo de cabellos blancos, era el instiga-

dor de todo.... ¿sabeis? Fabio el cristiano. Yo aborresco las reformas.

—Tambien nosotros habiamos deseado largo tiempo introducir las, respondió Cornelio, pero no nos fué posible. Alejandro lo intentó hace cerea de veinte años, y los filósofos no han apartado de ellas la vista.

—¡Que los dioses confundan á los filósofos y á los cristianos! dijo Jucundo devotamente, no hay casi que escoger entre ellos; solo que los cristianos son animales mas inmundos; pero, tanto unos como otros han determinado destruir el mas glorioso edificio político que han visto los hombres. No soy muy partidario de Alejandro.

—Gracias, en nombre de la filosofia, dijo el griego.

—Gracias en nombre de los cristianos, añadió Juba.

—¡Bien! exclamó Jucundo, es la primera palabra que este brillante jóven ha pronunciado desde que entró, y quiere pasar por cristiano.

—Tengo derecho de obrar así, cuando me acomode, dijo Juba, tengo el derecho de ser cristiano.

—¡El derecho! ¡Oh! sí, ¡sin duda!

¡ja! ¡ja! respondió Jucundo. ¡El derecho! ¡Que Júpiter te ayude por todos los medios imaginables! También tienes el derecho de ir *in malam rem* del modo que se os antoje.

—Soy dueño de mis acciones, dijo Juba. Mi padre era cristiano, y supongo que depende de mí seguirle ó no, según me agrade y por el tiempo que juzgue á propósito.

—¡Segun le agrade! ¡y por el tiempo que juzgue á propósito! replicó Jucundo. ¡Eres un soberbio majadero! Sí, sí, vé y hazte cristiano, hijo mio, como tu caduco padre lo fué. Dirigete, lo mismo que él, al sacerdote de sus misterios; que escupan sobre tí, que te desnaden, que te zambullan en agua; come tuétano y sesos de niños; adra á un asno, y aprende toda la impura magia de esa secta. Despues, que te deiaten, que te lleven á la prision, que te destrocen en el tormento ó te echen á los leones; y baja así al Tártaro, si es que hay Tartaro, por el camino que te ha parecido preferible. A nadie habrás perjudicado, sino á tí mismo, querido. No temo las cabezas como la tuya; temo otras mas sólidas.

Juba se levantó con una mirada de dignidad ofendida; y como le hemos visto antes, sacudió su cabeza, que acababa de ser humillada, diciendo:—Os desprecio.

—Figúraseme que sois algo duro con los cristianos, dijo Ariston. Yo les he oido sostener que su supersticion, si se adoptase, seria la salvacion de Roma. Pretenden que la antigua religion ha concluido ó va á concluir; que se necesita un nuevo culto para conservar íntegro el imperio, y que el suyo está adaptado á las necesidades de la época.

—Todo lo que yo digo á esas vibras, replicó Jucundo, es: “Dejadnos en paz. Las cosas iban perfectamente sin vosotros; ¡todo iba muy bien hasta vuestra aparicion!” ¡Insolentes! ¡Como si judíos y egipcios pudieran hacer algo por nosotros, cuando Numa y la Sibila no pueden! Lo que yo digo es, que si Roma permanece fiel á sí misma, no tiene que temer nada; pero que si toca á su cimientto, no daré por ella esta sandía. Habló así tomando una tajada de esta fruta. Solo Roma puede dañar á Roma. Recordad las palabras del viejo Horacio: *Suis et ipsa Roma viribus ruit*. Era pro-

feta: en efecto, si cae, será derribada por su propia mano.

— Pienso como vos, dijo Cornelio, ciertamente, introducir un nuevo culto es una traicion: no cabe duda en ello. ¡Los dioses nos preserven de tal ingratitud! A ellos debemos nuestra grandeza; ellos son parte integrante de la ley de Roma. Pero hay poca apariencia de que olvidemos esto; Decio no lo olvidará, de seguro. Pronto lo vereis, quizá mañana, añadió misteriosamente.

— En verdad, no comprendo el temor que os inspiran esos pobres espantajos de cristianos, dijo Ariston. ¿Es porque profesan una opinion? ¿Por qué no temeis los murciélagos y los topos? Es una opinion; ha habido otras antes y surgirán otras despues de la suya. Dejados tranquilos é irán desapareciendo; pero meted ruido acerca de ellos, tratad de sofocarlos, y se propagar n.

— ¿Se propagarán? esclamo Jucundo doblemente excitado por sus sentimientos personales y por el vino. ¿Se propagaran! Sí, se propagarán. Se multiplicarán como los escorpiones saliendo veinte de cada nidada. El país ya está lleno de ellos; su número iguala al de

las ranas ó las cigarras; tropiézase con ellos donde quiera, cuando menos se cree. El aire los produce como moscas apestadas, y el viento los trae como langostas. Nadie está seguro, el que menos se piense puede ser un cristiano; es una epidemia. ¡Gran Júpiter! Yo mismo puedo volverme cristiano antes de que sepa donde estoy. ¡Cielos y tierra! ¿no es esto monstruoso? continuó con creciente vehemencia. Sí, Jucundo, pobre hombre, puedes despertar y encontrarte cristiano sin saberlo, á pesar tuyo. ¡Compadecedme, amigos míos! Sí, por la sola fuerza de sus sortilegios es posible que me veais convertido en bestia alimentándome con sangre y viviendo entre las tumbas, como si me agradase semejante existencia, y sin poder deciros cuánto la detesto. ¡Por el genio de Roma! Preciso es hacer algo. Os repito que nadie está seguro. Vais á visitar á un amigo, y le hallais en el sitio mas lóbrego de su habitacion, sin asearse, con los cabellos en desórden, mal vestido. ¿Cuál es la causa? ¡Ah! su hijo se ha vuelto cristiano. Se ha fijado el dia de vuestro matrimonio; aguardais á la novia, y la novia no viene; ¿por qué?

Porque no os quiere ya; porque se ha vuelto cristiana. ¿Dónde está el joven Nomentano? ¿Quién ha visto á Nomentano? ¿Está en el foro, en el campo, en el circo, en el baño? ¿Ha enfermado de la peste, ó cogido un tabardillo? Nada de eso: lo que hay es que los cristianos se han apoderado de él. Jóvenes y viejos, ricos y pobres, la matrona en su litera y su esclava, la modesta vírgen y Lidia en las Termas, todo es igual para ellos. La confianza ha desaparecido; no se puede contar con nadie. Voy á casa de mi sastre: "Nergal, le digo, necesito una túnica nueva." El miserable hipócrita se inclina, corre aquí y allí, muestra sus telas y paños, como otro hombre cualquiera; pero de repente una vos susurra á mi oído: "Es un cristiano, disfrazado de sastre." No tienen modo de vestir peculiar á ellos. Si yo fuese emperador, les obligaría á llevar una señal; por ejemplo, un collar de perro, una cola de zorra, ú orejas de pollino. Entonces á lo menos distinguiríamos á los amigos de los enemigos, cuando los encontramos.

—Eso podría ser peligroso, dijo Cornelio; sin embargo, lo tomáis con dama-

siado calor; dáis demasiada importancia á los cristianos, mi buen amigo. El presente no es todavía suyo, y ya les suponéis dueños del porvenir, que es precisamente lo que les falta.

—Si Jucundo quiere escucharme, dijo Ariston, quedará convencido de que los cristianos están ya en decadencia. Esta ciudad contaba muchos en otro tiempo y hoy apenas quedan unos pocos. No han cesado de declinar en estos últimos cincuenta años, y ya no son temibles. ¿Deseáis saber el medio de hacer que revivan? Publicad un edicto imperial, proscribirlos, denunciadlos. ¿Preferís verlos caer como las hojas secas del otoño? No os acordeis de que existen.

—No es posible negar que en Italia han ganado terreno, dijo Cornelio, han crecido en número y en riquezas, y aun contraído lazos de parentesco con nosotros. Así, las clases superiores están infestadas de ellos hasta cierto punto, y podría llegar el caso de tener que reprimirlos; pero, como si se tratase de gusanos, sin temerlos.

—Los adoradores de los dioses son los mas, y los cristianos los menos, repuso Ariston. Si ambas partes contraen

lazos de parentesco, la mas débil sucumbirá. Vereis las estátuas de los dioses introducirse insensiblemente en las capillas de los cristianos; y los hombres honrados comprarán nuestras imágenes. ¿No es así, Jucundo?

—Está bien, Ariston, dijo el *paterfamilias*, cuya furia era siempre de corta duracion; si los hermosos ojos de vuestra hermana logran traer á la buena senda á mi pobre Agelio, tendreis que alegar mas en vuestro favor que ahora, os lo aseguro.

—Entiendo, dijo Cornelio gravemente, empiezo ya á ver *claro* en el asunto. Hasta ahora no habia comprendido por qué nuestro buen huésped se mostraba tan temeroso de la estabilidad de Roma; pero es una de esas cosas que la experiencia me ha enseñado. He visto muchos ejemplos de lo mismo en la imperial ciudad. Siempre que alguna persona muestra especial ardor contra esos fanáticos, tened por seguro que algun interés le mueve personalmente á ello. Habia un ilustre personaje, el actual flamen dial á quien yo profesaba un respeto sin limites; por largo tiempo me fué difícil concebir cómo un hombre de

su peso, sensible, perspicaz, podia temer tanto á los cristianos. Un dia pronunció contra ellos un discurso en el senado, pidiendo que se les condenase á todos al tormento. Pero no tardó en descubrirse la causa; el buen hombre estaba padeciendo el tormento con su hija, la cual persistia en declararse cristiana, y no queria darse colorete ni asistir al anfiteatro. ¡Qué disgusto para aquel anciano! Tambien el venerable Pater Patratus, no obstante sus espléndidos banquetes, capaces de matar de envidia á Lúculo, estaba siempre reclamando la intervencion del licitor y del *commentariensis* en tratándose de cristianos. ¿Y por qué? Porque su mujer y su hijo le deshonoraban á los ojos de todo el mundo con frecuentar las reuniones de los cristianos. Sin embargo, yo soy del dictámen del emperador Decio: es preciso acabar con ellos; pues sin ser temibles, molestan la vista.

En este momento la clepsidra que marcaba las horas en la plaza vecina cesó de correr, señal de que la noche iba á concluir. Jaba se habia retirado ya al obscuro gabinete que le servia de dormitorio; y despues de quitarse las san-

dalias y aflojarse el cinturón, se rodeó al pescuezo la serpiente que llevaba siempre consigo, y empezó á roncar fuertemente. Jacundo hizo la última libación, y Cornelio se despidió. Levantose también Ariston, y Jucundo, habiéndoles acompañado hasta la puerta, sufrió la pena común á sus libaciones, pues el vino se le subió á la cabeza, y volvió á sentarse en el cuarto en la persuasión de que Ariston estaba aún á la mesa.

—Hijo mio, dijo, Agelio no es mas que un cristiano moderado, sin tener la obstinacion de su hermano Juba. La culpa fué de su padre; hablemos de él lo menos posible. Ha muerto. ¡Las furias le preparen la cama! Mal bicho. Sus sacerdotes son hombrecillos feos. Vi uno en Cartago, cuando yo era todavía muchacho, el cual nada tenia de los nobles saliares romanos ni del magestuoso sacerdote de Isis, vestido de blanco, y esparciendo perfumes como flores de primavera: los hombres que disfrutan de esta vida no se parecen á un hipócrita. Era negro como el natural de Etiopía, y tan descarnado como un saraceno. No miraba jamás de frente.

El pobre diablo debía morir por su religion, antes que quemar algunos granos de incienso dorado en el altar del gran Júpiter. Júpiter es mi dios; un dios lleno de magestad, hermoso, rizado; pero todos son buenos, sí, todos los dioses son buenos. Baco es un dios escelente, que consuela á pesar de su astucia, de su traicion.... sí, de su traicion. Ceres, Pomona, las Musas, Astarte, como la llaman aquí.... todas son buenas; lo es también Apolo, aunque en esta estacion sus ardores nos molestan demasiado, lo mismo que sus flechas. Un dia me dió una calentura maligna. ¡Oh! la vida es preciosa, muy preciosa. Lo conocí, sobre todo, cuando estuve tan próximo á visitar el imperio de Pluton. La vida no vuelve: es como el agua que se derrama y que no se puede recoger luego. Está mezclada con los elementos, está esparcida en los cuatro vientos. ¡Ah! en ella hay algo que no alcanzo á penetrar; algo que todos los filósofos del mundo no son capaces de resolver.

Pareció meditar un instante, y otra vez principió:—La gran regla es el placer. Preguntaos; ¡he sacado de las co-

sas todo el provecho que podian proporcionarme? Esto es lo que digo á la generacion naciente. Muchas, muchísimas veces he dejado yo de aprovecharme, cual debiera. ¡Oh! ¡si mi vida comenzara de nuevo, cuántas cosas corregiria en ella! Por ejemplo, esta noche hubiera podido comer mejor. ¡Esas detestables peras! Debí conocer que no merecian se tomase nadie el trabajo de comerlas. El carnero estaba bastante bueno; lo mismo las palomas, la grulla, el cabrito.... ¡Bah! difícil es que comiera mucho mejor.

Pasados unos cuantos minutos se levantó medio dormido, y apagó todas las luces, escepto una pequeña lámpara, con la cual se dirigió á su dormitorio. — ¡Todo es vanidad! continuó con un tono lento y grave; todo es vanidad, menos el comer y el beber. A no ser por esto, no valdria la pena de servir á los dioses. ¿Qué es la fama? ¿Qué es la gloria? ¿Qué es el poder? Humo. He pensado muchas veces que el cerdo es el único animal verdaderamente sabio. Seriamos mas dichosos si fuésemos todos cerdos. Los cerdos aguardan el fin de su vida sin temblar, y

quizá sea esta la causa porque esos escuerzos de cristianos no quieren comerlos. Un goce tranquilo, respetable, delicado; nada de excesos, orgías ni disputas. La vida es corta. Y se quedó dormido al pronunciar estas últimas palabras, cuya verdad nadie pondrá en duda.

CAPITULO VII.

En la siguiente mañana, mientras Jucundo estaba ocupado en sacudir el polvo á sus estatuas y otros artículos de gusto y devocion, llenando los huecos de los estantes y agrupando los objetos nuevos que habian traido sus operarios, Juba se paseaba con cierta arrogancia en la tienda, riéndose de tiempo en tiempo para su sayo de las varias muestras de ídolos que hacian visajes, fruncian las cejas, danzaban ó gemian á su alrededor.

—No te burles de ese Anubis, dijo su tio, es obra de la divina Calista.

—Supongo la llamais así porque produce todos esos demonios, contestó Juba; nada mas puede hacerse en la esfe-